129 523722 97

Numero 42.

LA DESGRACIADA TERESA.



NUEVA RELACION EN LA QUE SE DA CUENTA DE LA AMOROSA *conversacion que tuvo un Sacerdote con Cristo Señor Nuestro, habiéndosele aparecido en forma de pobre, pidiendo limosna á su puerta y el desastrado fin que tuvo una criada suya llamada Teresa.*

Sacro Dios incomprehensible,
Criador del Cielo y tierra,
Rey supremo de los reyes,
donde todo bien se encierra,
á quien Angeles, y Santos
adoran con reverencia,
y los hombres obstinados
con avaricia, y soberbia
quebrantan los Mandamientos
de la Santa Madre Iglesia,
sin mirar, que descendió
Cristo del Cielo á la Tierra,
y nació de Madre Vírgen,
quedando intacta Azucena.
Haced mi Dios poderoso,
con vuestra santa clemencia,
que resignado en tu gracia
pueda proseguir mi idea,
sin tener contradictoria:
una maravilla nueva
esplicaré á mi auditorio,
atencion que ya comienza.
En el famoso obispado
de Tuy, á quien señorea
este tachonado Cielo
de luminantes estrellas,
hay un pequeño lugar,
que confinan sus haciendas
en raya de Portugal,
llamado Peña Salguera.
El Párroco de este pueblo
es D, Jacinto Varela,
noble anciano, venerable,
fervoroso en tal manera,
que muchas necesidades
remediaba con su hacienda.

Daba posada à los pobres;
mas una maldita hembra
de una criada que tenia,
con propasada soberbia,
á todos los ultrajaba
con palabras desatentas;
pero el Santo Sacerdote
decia: calla, Teresa,
no me ultrajes á los pobres,
porque el pobre representa
á Cristo, y al pobre debes
tratarle con reverencia;
porque aquel que al pobre ofende
grande castigo le espera;
y así, si quieres gozar
de la gloria verdadera,
vístete de la humildad,
deja la infame soberbia,
que Dios al humilde ensalsa,
y al soberbio le condena.
Ella respondió: señor,
no meta usted tanta arenga;
me espanto que su merced
de vagamundos se crea,
que estos que piden limosna
es gente muy lisongera,
y me lleve á mì el demonio,
si yo de ellos me creyera.
De esta suerte maltrataba
con palabras desatentas
á todos los pobrecitos,
que llegaban á la puerta
á pedir una limosna:
¡oh que fea es la pobreza!
pero el mismo Dios la amó,
y asi nadie la aborrezca.
Cansado su Magestad
de esta abominable fiera,
quiso con traje de pobre
dar á entender su grandeza.
Llegó Dios, como quien es,
del Sacerdote á la puerta,
pidièndole una limosna
con soberana modestia,
y el Párroco venerable
sacó de su faltriquera
un ochavo, y le besó
con humilde reverencia:
Tome Hermano, dijo á Cristo;
mas la Magestad suprema
respondió: un poco de pan
estimára que me diera.
Dijo el Sacerdote, sí,
con voluntad santa y buena
se lo daré, hermano mio:
dále limosna, Teresa,
no detengas á ese pobre,
que yo me voy á la Iglesia.
Mas la maldita criada
respondió con aspereza
¿un ochavo no es limosna?
¿le dan mas allá en su tierra?
parece pobre soberbio:
limosnas con tantas tretas
ni el demonio lo agradece.
Mas la Magestad Suprema
respondió con mansedumbre,
diciendo: hija Teresa,
¿das algo de tu salario?
mira por ti no te pierdas
¡qué llano es el mendigante!
solo por esa respuesta
no ha de llevar un bocado
de pan; y cerró la puerta.
Quedóse Cristo en la calle:
¡oh soberana grandeza
de Dios Todopoderoso!
¿qué temeridad es esta?
¡que una mujer despechada
desprecie así su grandeza!
Con pasos muy amorosos
Cristo caminó á la Iglesia
donde estaba el Sacerdote
esperando que viniera
algun hombre, para que
le asista con reverencia

[illegible] Sacrificio:
[illegible] que Cristo llega,
[illegible]e le dijo:
[illegible] conmigo venga,
[illegible]e ayudará la Misa,
que los hombres de esta tierra
siendo dia de trabajo,
pocos vienen á la Iglesia.
Celebrado el Sacrificio,
se salieron de la Iglesia,
y le dijo: Hermano mio,
quiero que conmigo venga
á comer hoy á mi casa;
á lo cual dió por respuesta
el Redentor de las almas:
Mucho estimo la fineza,
que yo por ese interés
no hice tal diligencia:
venga, Hermano, que es mi gusto
de que usted coma á mi mesa.
En fin, llegaron á casa,
y luego á comer se apresta
el Sacerdote, y al pobre
le sentó á su mano diestra.
Dijo entonces la criada,
¿no saldremos de quimeras
con estos zarrapatrosos?
Y el amo dijo, Teresa,
no te muestres tan altiva,
presta un poco de paciencia.
Digo la verdad, señor,
que el pobre en una cazuela
puede comer á un rincon;
con esto se salió fuera
para traer la comida,
y el Sacerdote con tiernas
razones le dijo á Cristo:
Dígame, Hermano, en su tierra
están fértiles los campos,
ó si acaso hay buenas muestras?
A esta razon respondió
el que todo lo gobierna:
Muy buenos estan los campos,
ha de haber buena cosecha
en este año en que estamos,
la esperanza no la pierdan,
que Dios ha de enviar agua
en Abril, y es cosa cierta,
tambien en el mes de Mayo
por el principio se espera.
Respondió: Hermano, y Señor,
eso para Dios se queda,
que los hombres no podemos
penetrar tan alta empresa.
Esto es tan cierto y seguro,
dijo Dios, como Teresa,
vuestra criada, se haya
dentro de aquel cuarto en tierra,
y siete horribles demonios,
de gatos en la apariencia,
le comen el corazon,
las entrañas, y la lengua.
El santo Ministro entonces
atemorizado queda,
casi sin vital aliento;
pero recobrando fuerzas
quiso salir de la duda
tan lastimosa y tan fiera;
y al tiempo de lavantarse
un gran resplandor le cerca
celestial, y le detuvo
antes de salir afuera.
¿Qué es esto, Señor, qué es esto?
Soberana Omnipotencia,
Padre de misericordia,
prorumpió con voces tiernas
todo confuso y turbado;
el rostro volvió à la mesa,
y vió que el pobre no estaba
allí: con gran reverencia
un Divino Crucifijo
vido estar sobre la mesa;
al instante de rodillas
se postró y la tierra besa,
diciendo: Padre amoroso,
Soberana Providencia,

cuando merecí, Señor,
esta visita tan buena,
siendo yo el mas vil gusano
que se sustenta en la tierra?
Hecha ya esta rogativa,
á Dios le pidiò licencia
para llevar con amor
su Magestad à la Iglesia.
Al instante las campanas
se tocaron, sin que fuerzas
humanas á ellas llegasen,
y los hombres con presteza
se vinieron á poblado,
dejàndose sus haciendas:
al ver tan grande prodigio
maravillados se quedan.
Formando acompañamiento
le llevaron á la Iglesia,
puesto en el Altar Mayor
á su Magestad le dejan.
Volvamos á la criada,
que fuertemente atormentan
aquellos siete demonios,
como referido queda.
Al ver tan grande desgracia
toda la gente se queda
atemorizada; y luego
previene con diligencia
aquel santo Sacerdote
el conjurarlos; y apenas
que comenzó los conjuros,
los siete todos se alteran.
Dijo: de parte de Dios,
y de bajo de obediencia
me habeis de decir ahora
la causa de esta miseria.
Si diremos, le responden,
atiende á nuestra respuesta:
Nosotros hemos tenido
del Altísimo licencia,
para castigar furiosos
esta [illegible]jer desatenta.
Dijo el ùno: á mi me toc[illegible]
el cargó de la Soberbia:
y el otro: á mí la Avari[illegible]
¿La Lujuria á donde queda?
esto á mí, dijo el tercero,
me toca la diligencia;
dijo el cuarto: á mí la Ira,
que á los faltos de paciencia;
les pongo muy bien la mano.
con sobrada diligencia;
el quinto dijo: la Gula
es mia esta dependencia;
el sesto dijo: la Envidia,
y á toda maldita lengua,
maldiciente, injuriadora,
castigo con grande fuerza;
el sétimo dijo: yo
castigo bien la Pereza
de aquellos que infamemente
dejan las virtudes buenas.
Con esto la arrebataron,
con alaridos y quejas
và diciendo por los aires;
maldita seas Soberbia,
que por despreciar al pobre
me veo entre tantas penas.
Este es el fin que ha tenido
la desgraciada Teresa:
y de este asombroso caso
al Obispo se dió cuenta;
su Ilustrísima ha mandado,
que se publique, y estienda
en España porque á todos
sirva de ejemplo, y enmienda.
Y pidamos á Jesus,
que nos libre y nos difienda
de tan notables desgracias,
y siempre su luz perpétua
nos alumbre para que
gocemos la gloria eterna.

Carmona.—1854.—Imprenta de D. José M. Moreno.